
CANTO PRIMERO.

Actitud del pueblo mexicano por estar alojadas en la capital las tropas castellanas.—Se determina alzar el canto de guerra.—Sale Cortés para Zempoala, quedando á cargo de Alvarado la custodia de la ciudad.—Gran fiesta en el teocalli.—Horrorosa matanza ejecutada por Alvarado.—Es rechazado éste, que se refugia en el cuartel.—El pueblo asalta la residencia de los españoles.—Alvarado hace que Moctezuma contenga al pueblo.—Continúan los preparativos de guerra.—Destruccion de la flotilla española anclada en el lago de Texcoco.

La gran Tenochtitlan en su recinto
De Hernan Cortés las huestes albergaba;¹
Pero obediente á su guerrero instinto
El pueblo mexicano recelaba.
Del monarca austro-ibero Cárlos Quinto
El audaz capitan enumeraba
Las altas condiciones á porfía
De poder, de grandeza y de hidalguía.

“De Emperador y Rey su noble frente
 Ciñe las dos coronas (tal exclama);
 Y su poder, que nace én el Oriente,
 Hasta este suelo su fulgor derrama.
 En cien batallas que ganó valiente
 De invencible adalid cobró la fama,
 Fama que acompañando á sus legiones,
 Es el terror de las demas naciones.

“Magnánimo es tambien y generoso
 Con los imperios que amistad le ofrecen,
 Y á su influjo feliz y poderoso
 Los pueblos adelantan y florecen.
 Es para amigos sol esplendoroso;
 Sus enemigos, sin piedad perecen.....
 Elegid guerra ó paz, ¡oh mexicanos!
 Teneis el porvenir en vuestras manos.”

El pueblo ni vacila ni se aterra:
 Tiene fe en los caudillos esforzados
 Que desde la ciudad hasta la sierra
 Aprestan á la lid á los soldados.
 Por todas partes el clamor de guerra
 Repercuten los ecos dilatados,
 Y el afan de luchar cunde infinito
 Al resonante y belicoso grito.

En *Tlatelolco*² se convocan luego
 Los reyes y caciques y señores
 Notables de Anahuác; y sin sosiego
 La situacion estudian previsores.
 Quién, ardiendo su pecho en patrio fuego,
 Presenta á los audaces invasores
 Como impotente y débil enemigo
 Al cual es fácil dar pronto castigo.

Quién, oyendo la voz supersticiosa
 Que entre muchos domina, se figura
 Que la lucha cruel y desastrosa
 Consigo llevará la desventura.
 Quién, poseyendo el ánima medrosa,
 De los demas ofende la bravura,
 E inclinado á la paz se manifiesta,
 ¡A la paz que Cortés tiene propuesta!

Al oír las contrarias opiniones
 Que tienen al Consejo dividido,
 Palpitan con afan los corazones
 De aquellos que la guerra han decidido;
 Y el jóven **Cuauhtemoc**, cuyas acciones
 De héroe la admiracion han merecido,
 Se yergue con viril atrevimiento
 Para expresar su bélico ardimiento.

Es Cuauhtemoc el jefe denodado
 Que se distingue más por la braveza
 De un corazon que laté acelerado
 Y con afan aspira á la grandeza.
 En las primeras filas colocado
 Por su invicto valor y la nobleza
 De su estirpe elevada, está anheloso
 De combatir al invasor odioso.

De marcial y severo continente,
 La majestad á la fiereza aduna:
 Es espaciosa su morena frente
 Que no viene á manchar sombra ninguna.
 Su mirada de Ajax, limpia y luciente
 Muestra que le acompaña la fortuna,
 Y en la grandeza de su sér entero
 Se adivina al intrépido guerrero.

Obediente á la voz de la bravura
 El jóven adalid, quiere esforzado
 Reanimar con su voz firme y segura
 El patriótico fuego amortiguado.
 Irguiéndose, al efecto, se apresura,
 De su ardor juvenil arrebatado,
 A desbordar su altivo sentimiento,
 Y así se expresa con terrible acento:

“No es tiempo ya de discutir, la hora
 Pasó de escudriñar nuestro destino;
 Tócanos sólo resistir ahora
 Al invasor que á nuestra patria vino.
 La paz que nos propone es red traidora;
 Es mentida promesa de asesino
 Que desarma á la víctima inocente
 Para sacrificarla fácilmente.

“¡No haya piedad! Convóquese á la guerra
 A todo el que en Anáhuac ha nacido;
 El pueblo que sus dioses y su tierra
 Defiende, es respetado aunque vencido.
 ¿A quién la muerte en el combate aterra
 Si sabe que es la paz el bien perdido?
 ¡No haya piedad! Gritemos de esta suerte:
 “¡Tregua á la paz! ¡O salvacion ó muerte!”

Dijo, y con la mirada recorriendo
 El extenso concurso, más se alienta
 Al ver que su entusiasmo va encendiendo
 En los demas la fe que experimenta.
 Despues, su propia inspiracion siguiendo,
 Que á la vez que domina se acrecienta,
 Así prosigue el jóven esforzado,
 Que es de nobles y reyes respetado:

“El momento llegó de la venganza:
Otros hijos del sol han invadido
Nuestras playas, y abrigan la esperanza
De quitar al *Malinche*³ aborrecido
El poder que sus triunfos afianza:
Si en lucha con su igual queda vencido,
Se verá desde luego abandonado
De los traidores pueblos que ha domado.

“Si el Malinche obtuviere la victoria,
Arrollados serán sus escuadrones,
Y aunque cubierto de brillante gloria,
Tendrá que abandonar estas regiones.
Mas si de nuevo emprende una ilusoria
Campaña en contra nuestra, las naciones
De Anáhuac se unirán para esperarle,
Y muerte justiciera sabrán darle.

“Yo soy de parecer que miéntras tanto
Combaten entre sí los extranjeros,
Se alce á *Huitzilopochtli*⁴ nuevo canto
Que convoque á la lid á los guerreros.
Resuene por doquier el grito santo
Que llame á defender los patrios fueros,
Y, listas las legiones mexicanas,
Vengan despues las huestes castellanas.”

Cesó de hablar el adalid valiente,
La esperanza sembrando en el concurso,
Que conmovido acepta diligente
El plan desarrollado en tal discurso.
Resuélvese aprestar rápidamente,
Para obtener el salvador recurso,
El ejército bravo y numeroso
Que á raya ponga al invasor odioso.

Hernan Cortés, en tanto, se dispone
A partir á Zempoala⁵ con su gente,
Y batir á Narvaez se propone,
Pues de otro modo fracasar presiente.
A Pedro de Alvarado al frente pone
De la legion que juzga suficiente
Para tener la capital segura,
Y á partir á la guerra se apresura.

De instintos sanguinarios Alvarado,
Trata á los mexicanos con dureza,
Y el prisionero Rey⁶ es injuriado
Por sus custodios, faltos de nobleza.
Al circular la voz de que ha quedado
De la guardia española á la cabeza
El bravo *Hijo del Sol*,⁷ el pueblo entero
Teme las iras del feroz guerrero.

A la sazón el pueblo se prepara
 A entregarse á la fiesta religiosa
 Que cada cuatro años celebrara
 Obediente á la fe supersticiosa.⁸
 Alvarado, creyendo que encerrara
 Tal fiesta una intención tumultuosa,
 Manda que todos vayan desarmados
 Al templo, que circunda de soldados.

En el *teocalli*⁹ principal, vestidos
 Con pompa elegantísima y fastosa,
 Los sacerdotes hállanse reunidos
 Para la ceremonia religiosa.
 Numerosos hachones, repartidos
 En el templo, su luz esplendorosa
 Esparcen alumbrando con porfía
 La elevada y soberbia gradería.

Puestos con majestad en andas de oro
 Los ídolos de piedra relabrada,
 Custodiados están como un tesoro
 Por la clase más noble y elevada.
 Del *huéhuettl*¹⁰ el estrépito insonoro
 Puebla del templo la extensión sagrada,
 Y del copal la perfumada nube
 En espirales á la altura sube.

Da principio la fiesta con la danza
 Al són del *teponaxtli*,¹¹ y de repente
 Contra los mexicanos se abalanza
 Del *Tonatiuh*¹² la desalmada gente.
 Feroz, aniquilando cuanto alcanza,
 La soldadesca arrójase impaciente
 Sobre el inerme pueblo que gozoso
 Acataba el precepto religioso.

Cual tigres los guerreros despiadados
 Sobre la muchedumbre sorprendida
 Se lanzan con furor, acompañados
 De tlaxcalteca gente envilecida.
 Mujeres y guerreros desarmados
 Yacen en confusión faltos de vida,
 Y se oye entre el chocar de los aceros
 De los niños los gritos lastimeros.

En medio de la mísera matanza
 Y pisando los miembros palpitantes,
 El sanguinario Tonatiuh se lanza
 A despojar del oro á los danzantes.
 Tal como el buitre hambriento se abalanza
 Al cuerpo que devora por instantes,
 Así el Hijo del Sol con furia ciega
 A despojo tan vil también se entrega.

El que quiere escapar, presto se arroja
 A la puerta que guardan los guerreros;
 Pero al instante con su sangre moja
 De las picas los bárbaros aceros.
 Unos resbalan en la charça roja,
 Otros exhalan ayes postrimeros,
 Y los más, resignados con la suerte,
 Anhelan encontrar violenta muerte.

El olor de la sangre, confundido
 Con el aroma del copal, despierta
 El rencor que se hallaba reprimido
 En el pueblo, que en breve se concierta.
 De pronto, en medio del mortal ruido,
 Da el *teohuêhuettl*¹³ el toque del alerta,
 Y á esa señal, de todos conocida,
 Da principio la lucha contenida.

En tanto los caudillos mexicanos
 De la ciudad las calles recorriendo,
 Hacen saber los hechos inhumanos
 Que están en el teocalli sucediendo.
 Listas para atacar á los tiranos
 Van de todos los rumbos acudiendo
 Innúmeras legiones, que esforzadas
 Se dirigen del templo á las entradas.

Sufren primero el choque formidable
 Las tlaxcaltecas chusmas, que con brío
 Oponen resistencia á la espantable
 Y brava acometida del gentío.
 Como suele en su seno inexplorable
 Rugir por la tormenta el mar bravío,
 Así tambien la multitud rugia
 Por la venganza que en su sangre ardia.

Los grupos tlaxcaltecas, arrollados
 Quedan en breve, y juntos y revueltos
 Tratan los asaltantes y asaltados
 De no cejar, á perecer resueltos.
 De enemigos al fin se ven cercados
 Los españoles, y en la red envueltos,
 No pueden traspasar la espesa valla
 De hombres armados que en su torno se halla.

Tiende la vista el Tonatiuh valiente
 En derredor, buscando la salida,
 Y, secundado por su brava gente,
 Rompe la valla y de salvarse cuida.
 La sangre que resbala por su frente
 Mana de la cabeza, que está herida;
 Pero fuerte, soberbio y animoso,
 Blande su diestra el sable poderoso.

Por las masas del pueblo perseguidos,
De las que en vano por librarse bregan,
Huyen los españoles, siempre unidos,
Hasta que al fin á sus cuarteles llegan.
Cuando en ellos se ven fortalecidos,
A la defensa con afan se entregan,
Logrando rechazar su fiero brío
El asalto del bélico gentío.

Despues, en el Oriente el nuevo dia
Dejó asomar su luz; pero velado
El sol por densas nubes, parecia
Protestar contra el mísero atentado.
Lenta y menuda lluvia se extendia
Sobre el vasto teocalli ensangrentado,
En derredor del cual los moribundos
Lanzaban de dolor ayes profundos.

¡Ah! ¡cuán horrible cuadro presentaba
El interior del templo suntuoso!
Aquí, un monton de miembros sustentaba
De algun ídolo el busto pavoroso.
Más allá, de un cadáver se abrazaba
Un inocente niño, que medroso,
Harto ya de llorar y sin aliento,
Buscaba en vano el maternal sustento.

Del teocalli la vasta gradería
Llenaban los cadáveres lanzados
Desde la altura, con audacia impía,
Por el plomo mortal de los soldados.
En todas partes destruccion habia;
Por donde quiera cuerpos mutilados,
Y en un charco de sangre nauseabunda
Se revolcaba gente moribunda.

¡Horrible mortandad! ¡Cuadro sombrío!
Que de vergüenza cubre la memoria
Del aleroso capitan que impío
Manchó de España la brillante gloria!
De la nacion ibera el poderío
Opacará en el libro de la historia
El proceder infame de un soldado
Agente suyo: Pedro de Alvarado.

Ni la heróica conquista consumada,
Hecho digno de griegos ó romanos;
Ni la luz á torrentes derramada
Volviendo á los idólatras cristianos;
Ni la industria, hasta entónces ignorada
De los sencillos pueblos mexicanos,
Podrán, al sucederse las edades,
Desvanecer jamas esas crueldades.

Podrán los elevados monumentos
Significar de España la grandeza,
Mas siempre guardarán en sus cimientos
La sangre derramada con vileza.
El recuerdo de bárbaros tormentos
Ejecutados con feroz torpeza
Tendrán los edificios colosales,
Que de enorme crueldad serán señales.

El general que obtiene la victoria
Después de sostener ruda pelea,
Cubre su nombre de fulgente gloria
Aunque el autor del exterminio sea.
Pero aquel que acomete con notoria
Impunidad la bárbara tarea
De asesinar á gente desarmada,
Llena de oprobio la guerrera espada.

.....

No bien hubo brillado el nuevo día,
Se hacen de llamamiento las señales,
Y el pueblo, en numerosa compañía,
Asiste á los solemnes funerales.
La ceremonia fúnebre encendia
En los pechos adictos y leales
De los hijos de Anáhuac, los rencores
Hacia los sanguinarios opresores.

Al terminar ese deber sagrado,
Salé de entre las masas un guerrero,
Por las más altas clases saludado
Con muestras de respeto verdadero.
Es **Cuauhtemoc**, el jóven denodado
Que para combatir es el primero,
Y en cuya acreditada bizarría
Lograr victoria la nacion confia.

Al presentarse el adalid resuena
Un murmullo en las filas agitadas,
Y el grito de ¡victoria! el templo llena,
Repitiéndose en calles y calzadas.
Cuauhtemoc, con el ánima serena
Recibe la ovacion; luego, calmadas
Las voces, se desborda su ardimiento
Y dice así con resonante acento:

“El dios Huitzilopochtli ha presenciado
El más ignominioso sacrificio.
¿La sangre que en su templo han derramado
No es de nuestra victoria fiel indicio?
Las víctimas que aquí se han inmolado
Harán que nuestro dios sea propicio
A la causa comun que defendemos
Y en la que batallando vencerémos.

“Nunca opté por la paz. La voz de guerra
Del corazón saltándome á los labios,
Todo el programa de mi credo encierra,
Aunque cause de muchos los agravios.
En el Consejo mi palabra aterra,
Que no es la lid el campo de los sabios;
Pero el grito de alarma me provoca,
Y hablar en esta vez sólo á mí toca.

“Al arma se ha tocado, y he venido
A disparar las flechas con denuedo:
Si como general soy recibido,
Entonces ordenar la lucha puedo.
Mi corazón, que nunca ha conocido
Lo que es vacilación, duda ni miedo,
Me anuncia que á las tropas castellanas
Han de vencer las huestes mexicanas.

“¡Ea, pueblos de Anáhuac! ¡Al combate!
¡Sin temor ni piedad al enemigo!
Si un corazón en vuestros pechos late,
Entonces á la lid marchad conmigo.
Arrollarémos al primer embate
Al fiero Tonatiuh, con fe lo digo;
Y cuando el grito de victoria vibre
En el espacio, Anáhuac será libre.”

Dijo, y su acento varonil llenando
Del templo las extensas dimensiones,
Fué de espíritu bélico inundando
Los de raza valientes corazones.
No de otra suerte el viento, desplegando
El lino en favorables ocasiones,
Impulso da en el líquido desierto
A las naves, llevándolas al puerto.

Después, el sacerdote más anciano
Se acerca á **Cuauhtemoc** con reverencia,
E inclinando su rostro hasta la mano
Del valiente, le dice con vehemencia:
“La salvación del reino mexicano
Reside en tu valor y tu experiencia;
Ordena las legiones, y la gloria
Marcha presto á alcanzar con la victoria.”

El bravo **Cuauhtemoc**, rápidamente
Alista las secciones de guerreros,
Y el asalto dispone diligente
Al temible cuartel de los iberos.
De la gruesa columna pone al frente
Escogida cohorte de flecheros,
Y marchando con fiera bizarría,
A las legiones al ataque guía.

Como golpe de mar, que irresistible
 Contra la nave rápido camina,
 Sembrando con presteza indescribible
 En su marcha el espanto y la ruina;
 Así sobre el cuartel, rauda y terrible,
 La hueste mexicana se encamina,
 Ensordeciendo el cóncavo vacío
 Con su marcial y ronco vocerío.

Y millares de flechas silbadoras
 Arrojadadas con bélico ardimiento,
 Como nube de plumas voladoras
 Oscurecen el sol poblado el viento.
 Las armas del cuartel, atronadoras,
 Lanzan la muerte con ardor violento,
 Destrozando al ejército enemigo.
 Que libre está de protector abrigo.

Pero unidas las filas van marchando
 Hacia el cuartel, que multiplica el fuego,
 Y los claros que muchos van dejando
 Al perecer, se cubren desde luego.
 Las masas populares avanzando
 Van al asalto con arrojo ciego,
 Siguiendo á **Cuauhtemoc**, cuya osadía
 Al castellano odioso desafia.

Las guerreras legiones, ya diezmadadas,
 Logran llegar al rededor del fuerte,
 Cuyas alturas, de hombres coronadas,
 Vomitan sin cesar terrible muerte.
 Las flechas, con acierto disparadas,
 Al castellano ofenden de tal suerte,
 Que aquel que á descubrirse se aventura
 Halla en su imprevisión muerte segura.

Cuauhtemoc, que recorre sin sosiego
 Las filas de su gente embravecida,
 Con la serenidad de un héroe griego,
 De alcanzar la victoria sólo cuida.
 Su corazón, ardiendo en patrio fuego,
 Alienta esa esperanza tan querida,
 Y su mente, revuelta y agitada,
 Se siente por los dioses inspirada.

Manda que sus intrépidos soldados
 Destruyan la artillada fortaleza,
 Y desde luego por distintos lados
 Se propaga el incendio con presteza.
 Los muros á la vez son atacados
 Con increíble, sin igual destreza,
 Y en corto espacio quedarán vencidos
 Aquellos invasores tan temidos.

Mira el riesgo Alvarado, y diestramente
 A Moctezuma manda que en seguida
 Ataje con su voz el resistente
 Empuje de la turba enfurecida.
 Moctezuma, sumiso y obediente,
 Su sagrada mision cobarde olvida,
 Y dirigiendo al pueblo breve arenga,
 Logra que en su entusiasmo se contenga.

A la voz de su Rey, no sólo amado
 Sino tambien temido, se contiene
 En su furor el pueblo, que esforzado
 Asegurada la victoria tiene.
 El bravo **Cuauhtemoc**, entusiasmado,
 Con algunos adictos se sostiene,
 Creyendo con su esfuerzo valeroso
 Vencer al enemigo poderoso.

Pero ¡ay! en vano su gigante anhelo
 A lucha desigual lo precipita.
 ¿Quién atrevido escala el alto cielo
 Si á empresa tal su sinrazon lo excita?
 Podrá el águila audaz tender su vuelo
 En la region del éter infinita;
 Pero jamas estampará sus huellas
 Donde tienen su asiento las estrellas.

Es **Cuauhtemoc** modelo de heroismo,
 Brilla en su noble frente la esperanza,
 Arde en su corazon el patriotismo
 Y obedece á la voz de la venganza.
 Puede arrojarse ciego en el abismo,
 Como el suicida incrédulo se lanza
 Al más allá; pero á su mente viene
 La patria amenazada, y se detiene.

Libre ya del asalto formidable
 Que sembrara en los pechos la pavora,
 El Tonatiuh, sereno, imperturbable
 A restaurar el órden se apresura.
 Queda otra vez en breve inexpugnable
 El cuartel que á las tropas asegura,
 Dispuesto á resistir osadamente
 La hostilidad de **Cuauhtemoc** valiente.

En tanto, en la ciudad los mexicanos,
 En numerosos grupos divididos,
 Llenan los sitios al cuartel cercanos
 Y sin cesar discuten conmovidos.
 Los jefes principales, los ancianos
 Y los caciques, hállanse reunidos
 Para la nueva junta convocada
 De Tlatelolco en la real morada.

Los ancianos, que están en mayoría,
 Optan por respetar el mandamiento
 Del prisionero Rey, y con porfía
 Recuerdan el prestado juramento.
 Los guerreros, cediendo á la osadía
 Natural de su bélico ardimiento,
 Votan por que se imponga al enemigo
 En la batalla vengador castigo.

Por una y otra parte, con vehemencia
 Luchan los oradores distinguidos,
 Sin que de los primeros la elocuencia
 A los segundos deje convencidos.
 Es tal de los guerreros la insistencia
 En vengar los ultrajes recibidos,
 Que por fin el Consejo se domina
 Y seguir la campaña determina.

Se aprestan al momento las secciones
 Guerreras, que el cuartel circunvalando,
 Cubren las diferentes posiciones
 Que están al enemigo dominando.
 Así como en la caza á los leones
 Van en su madriguera acorralando
 Los diestros cazadores, de tal suerte
 Cerca la hueste mexicana el fuerte.

Surta en el lago de Texcoco estaba
 Una pequeña flota, construida
 Por Cortés, y que al viento desplega
 La española bandera aborrecida.
 El pueblo mexicano la miraba
 Con el rencor inmenso que se anida
 En todos los amantes corazones
 Que sangran de la patria á los baldones.

Arrebatado del rencor que siente
 Por la hueste enemiga y extranjera,
 No puede el pueblo ver indiferente
 Que tremole en el lago la bandera.
 Con impulso terrible, omnipotente,
 Creciendo más y más su audacia fiera,
 La multitud, á quien el odio excita,
 Sobre el lago veloz se precipita.

Y como el huracan desenfrenado,
 Que todo lo atropella y lo maltrata,
 El pueblo inexorable, entusiasmado
 La flotilla española desbarata.
 Quién desgarrá el velámen desplegado,
 Quién el timon con frenesí arrebatá,
 Quién, destrozando la empalmada quilla,
 Navega sobre un resto hasta la orilla.

Unos, con ansia propagando el fuego,
 Hacen que pronto cruja la madera;
 Otros con loco afán quebrantan luego
 La arboladura fuerte y altanera.
 Álguien, llevado de entusiasmo ciego,
 Quita febril del asta la bandera,
 Y haciéndola girones con los dientes,
 Se forma de ella lazos diferentes.

En breve tiempo el popular estrago
 Deja los bergantines destruidos,
 Y en el espejo límpido del lago
 Sobrenadan los restos esparcidos.
 Expresa el pueblo su profundo halago
 Con vítores por nobles presididos,
 Y en los que al són del teponaxtli elevan
 Cantos que el triunfo en sus estrofas llevan.

FIN DEL CANTO PRIMERO.

CANTO SEGUNDO.

Regresa Hernán Cortés de Zempoala.—Es recibido friamente por los mexicanos.—Entra al cuartel español, y el pueblo se dispone á combatirlo.—Exige Cortés á Moctezuma que calme la ira popular, y éste envía á Cuitláhuac para que contenga á las masas.—Se pone Cuitláhuac á la cabeza del pueblo y ataca á los españoles.—Moctezuma intenta calmar con su presencia la ira de los mexicanos, y es herido con una piedra.—Combates en las calles.—Asaltan los españoles el gran teocalli y son rechazados hasta su cuartel.

○ Cuando benigna la voluble diosa
 Que se llama Fortuna, con sus alas
 Protege á un sér amiga y cariñosa,
 En él derrama sus celestes galas.
 El héroe que con planta valerosa
 Logra pisar de las empíreas salas
 El recinto magnífico y sagrado,
 Su camino prosigue acelerado.